

**LOS LÍMITES DEL HOMBRE: DEGRADACIÓN Y CONDICIÓN HUMANA
EN LA NOVELA CUBANA *LAS BESTIAS* DE RONALDO MENÉNDEZ**

THE LIMITS OF HUMAN: DEGRADATION AND HUMAN CONDITION IN
THE CUBAN NOVEL *LAS BESTIAS* BY RONALDO MENÉNDEZ

René Camilo García-Rivera

Universidad Complutense de Madrid, España

renegarc@ucm.es

<https://orcid.org/0000-0002-0238-1711>

RESUMEN: El artículo realiza un análisis de la novela *Las bestias* (2006), del escritor cubano Ronaldo Menéndez. El trabajo explora el problema ontológico de la condición humana; en específico, los límites de dicha condición en relación con la degradación moral, física y psicológica de los personajes. El objetivo principal consiste en explicar el proceso involutivo del ser humano en el universo diegético de la obra, con énfasis en la influencia del contexto histórico de enunciación y desarrollo de la trama; en este caso, la crisis económica y social en Cuba durante la década de 1990, conocida oficialmente como Período Especial en Tiempos de Paz. En relación a la condición humana, el artículo adopta un marco teórico sustentado en las premisas de Hannah Arendt y Giorgio Agamben.

PALABRAS CLAVE: narrativa cubana, Período Especial, animalización, condición humana, antropogénesis.

ABSTRACT: This article carries out a literary analysis of the novel *Las bestias* (2006), by the Cuban writer Ronaldo Menéndez. The work explores the ontological problem of the human condition, specifically the limits of that condition regarding the moral, physical and psychological degradation of the characters. The main objective consists in explaining the evolutionary process of the human being in the diegetic universe of the novel, with emphasis on the influence of the historic context of enunciation and development of the plot; in this case, the economic and social crisis in Cuba during the 1990s, officially known as the Special Period in Times of Peace. In relation to the human condition, the article adopts a theoretical framework based on the premises of Hannah Arendt and Giorgio Agamben.

KEYWORDS: Cuban narrative, Special Period, animalization, human condition, anthropogenesis.

Recibido: 16 de febrero de 2024

Aceptado: 26 de agosto de 2024

INTRODUCCIÓN

*La vergüenza de ser un hombre,
¿hay acaso alguna razón mejor para escribir?*

Gilles Deleuze

*En la ciudad nadie se había planteado que criar puercos en bañeras,
techos, traspacios y armarios, carecía de urbanidad.*

Rolando Menéndez

Pocos relatos describen la atmósfera de la crisis cubana como *Las bestias* (2006), obra del escritor antillano Rolando Menéndez (La Habana, 1970). La novela resulta la segunda publicada por Menéndez, un autor considerado parte de la generación de los Novísimos, grupo surgido alrededor de 1990, caracterizado por nacer en los primeros años de la revolución, por perseguir una poética propia y disruptiva con los cánones oficiales, y por empezar a publicar a comienzos del Período Especial (Uxó, 2010).

En los albores de la década de 1990, el colapso del bloque socialista de Europa Oriental arrastra a Cuba a una severa crisis económica y social. El 29 de agosto de 1990, el gobierno declara oficialmente el comienzo del Período Especial en Tiempos de Paz, un plan de supervivencia desarrollado desde los años ochenta para afrontar un conflicto armado contra Estados Unidos. Entre 1989 y 1994, la pérdida de los socios comerciales, los subsidios soviéticos y el embargo de Washington, agrava la situación económica de tal modo que el PIB se contrae un 35%. La inevitable devaluación de los salarios, escasez de productos de primera necesidad, cortes continuos de electricidad y transporte, y estallidos sociales como el del 5 de agosto de 1994 y la crisis de los balseros, forman parte de la realidad cotidiana de aquellos años.

Aunque resulte paradójico, la caída del muro de Berlín, con el consecuente impacto en la isla, produce una oportunidad de oro para la narrativa cubana. Primero, implica un relajamiento en el control estatal del campo cultural, censurado y controlado durante décadas por el poder totalitario del Partido Comunista: ante el zafarrancho económico, el gobierno prioriza áreas más urgentes como la alimentación, el transporte, la energía, etc. Segundo, coincide con la restauración de los derechos de autor en 1993, convirtiendo a los escritores “en una especie de cuentapropistas” (Buckwalter-Arias, 2003, p. 701). Esta independencia económica facilita el abordaje de temas vedados, de realidades al margen del relato de resistencia oficial impuesto por el castrismo.

En los Novísimos, el reparto de lo sensible (Rancière, 2011, p. 52) alcanza los bajos fondos ciudadanos, la voz marginal y subalterna, los objetos mudos que hablan el lenguaje de la pobreza, el empeño instintivo de sobrevivir a cualquier precio. Este

conflicto alimenta los textos, les da cuerpo, sirven como explicación o fuga, o al menos como oasis al desbarrancadero. La investigadora Esther Withfield percibe la tendencia; define a las obras cuyo contenido consiste en la experiencia-testimonio de la crisis, bajo el término “ficción del Período Especial” (cit. en Sánchez Becerril, 2012, p. 97). En tales narraciones, asegura Ena Lucía Portela (2017), el valor literario lo determina la noción de autenticidad, “el vínculo más o menos evidente que se establezca entre ellas y la vida real” (p. 99).

Si bien es cierto que en *Las bestias* aparecen casi todos los tópicos que se han utilizado para representar al Período Especial en la literatura cubana (ruinas, hambre, apagones, jineterismo, crimen), explica Sánchez Aramburu (2019), es necesario aclarar que la manera en que el autor se relaciona con ellos es a través del humor, lo que nos permite suponer que Menéndez, al igual que muchos escritores de su generación, ya se había separado de cualquier visión utilitarista de la literatura (pp. 4-5).

En *Las bestias*, la autenticidad se propone como punto de partida. Sin embargo, el universo diegético se desplaza paulatinamente a la parodia y el humor negro, a la exageración de ciertos rasgos de la realidad. Y aquí ocurre algo inexplicable, un efecto paradójico que solo la excepcionalidad del momento justifica: la realidad parodiada, burlesca, coincide pasmosamente con la realidad histórica, con los extravíos de la década de 1990 en Cuba: la cría de cerdos dentro de las casas o en los edificios, la cacería de gatos como alimento, el hurto y sacrificio de animales del zoológico.

El objetivo principal del presente artículo radica en explicar el proceso involutivo de la condición humana en el universo diegético de la novela. Para ello, se analiza la degradación del protagonista, el profesor Claudio Cañizares, y del resto de personajes de la trama.

1. ¿QUÉ ES “HUMANO”? EL DEBATE SOBRE LA CONDICIÓN HUMANA

La definición de qué es el hombre, dónde comienza y termina la condición humana, suscita incontables debates a lo largo de la historia. Incluso durante el siglo

XX, el problema atraviesa numerosos campos como la filosofía, la psicología, la moral y la política. Tal como afirman los pensadores indios Sarvepalli Radhakrishnan y Poola Tirupati Raju (1977) en su obra *El concepto del hombre. Estudio de filosofía comparada*:

Tenemos allí la definición aristotélica, según la cual el hombre es un animal racional y otra según la cual es un animal político. Pero se dice hoy que el hombre no es el único animal racional o político. Se afirma que algunos de los animales superiores muestran estas características. De acuerdo con otra definición, el hombre es un animal moral o ético. Pero, nuevamente, algunos animales muestran un comportamiento ético. Se dice que el hombre es el punto de reunión de lo finito con lo infinito. Pero ¿qué objeto no toca lo infinito y no es un punto de reunión de lo finito y de lo infinito? Según otra definición, el hombre es un animal con consciencia de sí mismo. Pero esto presenta dificultades si tratamos de definir “consciente de sí mismo”. La psicología profunda nos dice que el hombre no tiene una plena consciencia de sí mismo; y si admitimos una gradación de la consciencia de sí mismo, muchos animales la tienen hasta cierto grado. (p. VIII)

La naturaleza inaprensible del hombre, la imposibilidad de encasillarlo bajo férreos criterios cotejables, abre un abanico de posibilidades conceptuales y conflictos. La ambigüedad de categorías como el raciocinio, la moral y la consciencia para demarcar el territorio de lo humano, deriva en implicaciones simbólicas usualmente dirimidas desde posiciones políticas. Como asegura el filósofo italiano Giorgio Agamben (2006), la nuestra no puede considerarse “una especie biológicamente definida ni una sustancia dada de una vez y para siempre; es, más bien, un campo de tensiones dialécticas ya cortado por cesuras que separan siempre en él [...] la animalidad antropófora y la humanidad” (p. 28).

La separación entre la animalidad antropófera y la humanidad conllevan, al menos en la tradición occidental de la civilización judeocristiana, la oposición binaria del hombre en dos naturalezas, una terrenal y otra divina. Dicha hipótesis, asentada en el sedimento cultural que determina nuestra cosmovisión sobre el hombre, impide la comprensión del problema desde un punto de vista ontológico. Inevitablemente, esta premisa deriva en una explicación metafísica sustentada en la teología. Como señala el propio Agamben, más que reflexionar sobre la conjunción entre estas dos mitades aparentemente opuestas y contradictorias, “tenemos que aprender a pensar el hombre como lo que resulta de la desconexión de estos dos elementos, y no investigar el misterio metafísico de la conjunción, sino el misterio práctico y político de la separación” (2006, p. 35).

Una propuesta que toma en cuenta la consideración de Agamben es la de Hannah Arendt (2009) en el libro *La condición humana* (1958). En esta obra, más que una reflexión metafísica sobre el origen del hombre, la filósofa plantea un marco conceptual para comprender la naturaleza del animal *homo sapiens* desde un punto de vista práctico, es decir, en las condiciones reales de la vida en el planeta Tierra. Para ello, su primer planteamiento radica en identificar las dos categorías que, en su criterio, conforman la condición humana: el mundo humano y la *vita activa*.

Según la propuesta de Arendt, “todo lo que entra en el mundo humano por su propio acuerdo, o se ve arrastrado a él por el esfuerzo del hombre, pasa a ser parte de la condición humana” (2009, p. 23). Este vínculo entre el hombre y su entorno deriva de la capacidad humana para transformar la naturaleza, una capacidad distintiva de nuestra especie: “el medio ambiente, el mundo donde hemos nacido, no existiría sin la actividad humana que lo produjo” (2009, p. 37). En este sentido, la pensadora alemana distingue dos categorías para diferenciar las cosas creadas por el hombre y por la naturaleza: de un lado menciona a *physis*, es decir, «los procesos naturales que surgen sin ayuda del hombre, [...] las cosas que no “se hacen”, sino que por sí mismas se convierten en lo que son” (2009, p. 168); por el otro, alude a *nomos* como aquello que

“debe su existencia al hombre” (2009, p. 28), y cita como ejemplo la tecnología, la agricultura, la construcción, etc.

Desde el punto de vista del campo literario, las reflexiones de Arendt sobre el mundo humano resultan útiles para el análisis textual. La consideración del entorno donde habitan los personajes arroja pistas sobre su condición antropológica. Esto se puede apreciar mediante las descripciones de las viviendas o el entorno urbano y natural representado en la diégesis.

La otra categoría que según Arendt conforma la condición humana resulta la *vita activa*, esto es, “la vida humana hasta donde se halla activamente comprometida en hacer algo” (2009, p. 37). A su vez, divide este concepto en tres subcategorías que remiten a las tres situaciones básicas de la vida del *homo sapiens* en la Tierra: labor, trabajo y acción (2009, p. 21). La labor constituye el proceso biológico del cuerpo, las necesidades vitales producidas y alimentadas por el organismo vivo, o sea, “la misma vida” (2009, p. 21). Respecto al trabajo, Arendt lo concibe como la condición humana de la mundanidad, lo que está separado “del repetido ciclo vital de la especie, cuya mortalidad no queda compensada por dicho ciclo” (2009, p. 21). En cuanto a la acción, la autora la describe como “la única actividad que se da entre los hombres sin la mediación de cosas o materia”, pues deriva de “la condición humana de pluralidad” (2009, p. 21) y constituye una facultad exclusivamente humana: “solo la acción es prerrogativa exclusiva del hombre; ni una bestia ni un dios son capaces de ella, y sólo ésta depende por entero de la constante presencia de los demás” (2009, p. 38).

La propuesta de Arendt, complementada con las hipótesis de Agamben, Radhakrishnan y Raju, define un marco conceptual para analizar la degradación humana en la novela *Las bestias*. La consideración del espacio heterotópico de la casa de Claudio Cañizares, así como las violentas relaciones entre los personajes, permite caracterizar la condición humana representada en la novela.

2. *LAS BESTIAS*: EL ABISMO INSONDABLE DE LA CONDICIÓN HUMANA

Como todo animal, el *homo sapiens* se encuentra influido por lo que Friedrich Nietzsche (2005) denomina “instinto de salud”, esto es, un impulso de defensa y ataque que propicia “el crecimiento, la duración, la acumulación de fuerzas y el poder” (p. 33). En escenarios críticos, como el descrito en la novela de Menéndez, dicho instinto parece desbordar las normas de la civilidad, los límites de convivencia asentados por la tradición. Al menos así lo demuestra la experiencia de Claudio Cañizares, un profesor de filosofía abrumado por la crisis del Período Especial.

La trama transcurre en La Habana de los años noventa, una urbe agobiada por las “vitrinas que se dividen entre feas o inaccesibles” (Menéndez, 2006, p. 8), y donde “la gente es insomne en la ciudad despedazada” (p. 11). En la narrativa de Ronaldo Menéndez, las acciones se desarrollan mayoritariamente “en lugares cerrados, casi siempre en decadencia, que se van haciendo más agobiantes a medida que se avanza cronológicamente en su producción” (Bolognese, 2018, p. 189). En *Las bestias*, el agobio del protagonista Claudio Cañizares solo se disipa mediante su trabajo intelectual, fórmula para superar el sopor de sus miserias cotidianas. “Mientras desayunaba un trozo de pan y un vaso de agua con azúcar, apenas pudo pensar en aquel álgido momento por el que atravesaba su Tesis Doctoral. [...] Luego pensó en la oscuridad de la Caverna de Platón y sonrió por haber podido trascender la antropológica escatología de su barrio» (Menéndez, 2006, p. 14). Pese a las ínfulas intelectuales del protagonista, la crisis alimentaria lo fuerza a tragar su orgullo; como tantos contemporáneos, el profesor precisa crear un cerdo en la bañera de su casa:

es imprescindible aclarar que los cambios en la vida de Claudio [...] fueron muchos y muy dolorosos, pero ninguno hizo metástasis en su alma como aquello de verse en la necesidad, al final de cada almuerzo en el Instituto, de rellenar una bolsa de nailon con las sobras de sus compañeros. Y lo peor era que como casi todos criaban un cerdo la

competencia derivaba en regateo, en pugilato denigrante. (Menéndez, 2006, p. 23)

Un hecho azaroso altera la monótona existencia de Claudio Cañizares. Un giro en el estado de cosas sin razón que democratiza la literatura, según Rancière (2011, p. 47). El profesor, que tenía por recreo espiar las conversaciones telefónicas, descubre un complot para asesinarlo: “Nunca pensó que su hobby, el vicio de las líneas telefónicas imperfectas en una ciudad que se caía a pedazos, fuera a regalarle la noticia de su muerte” (Menéndez, 2006, p. 3). Claudio despeja las dudas y afina el oído: “No caben dudas, pensó, han citado mi nombre completo, el número de una casa que es la mía, en mi calle, y luego han dicho que ya era el momento de eliminarme, de cepillarme, de pasarme la cuenta” (2006, p. 3).

El hecho imprevisto, la escucha telefónica, provoca el primer enigma del relato. ¿Quién y por qué matar al insecto Claudio Cañizares, un cero a la izquierda en la ecuación de la vida? Antes de colgar, el profesor escucha la única pista para discernir la emboscada: “La sangre, le temen a la sangre, han dicho: no quieren mancharse con mi sangre” (Menéndez, 2006, p. 3). Este sutil detalle, como suele suceder en la literatura policial, revela el trasfondo de la trama y el móvil del crimen. Para descubrirlo, el narrador remite un suceso previo, el hecho que significa un oasis en el desierto de hastío del filósofo: “Dos meses antes el profesor había tenido un accidente sexual tan íntegro que se le había hecho difícil saber dónde terminaba su cuerpo y dónde empezaban las nalgas de la Rubia del *bacarat*” (2006, p. 10).

Luego, la narración describe la visita de Claudio al Gato Tuerto, célebre club de la bohemia habanera. En vez de escurrirse, como siempre, el tímido profesor “conquista” a la Rubia del *bacarat*, una prostituta con quien pasa la mejor noche de su vida: “Antes de marcharse, casi al amanecer, el profesor lo hace con suma cautela y se regala el trofeo de salir en puntillas sin pagar un centavo, pues considera que se ha desenvuelto como un tigre” (Menéndez, 2006, p. 12). Claudio desconoce que este

encuentro sella su destino. En el fondo del bar, agazapados, dos hombres vigilan a la Rubia y sus acompañantes. Bill y Jack, matones al estilo del *hard boiled* (el paralelismo comienza con los nombres en inglés, guiño a la tradición norteamericana), comprenden que Claudio debe ser ejecutado. El filósofo permanece al margen. Descubre el complot dos meses después, en la referida escucha telefónica: “El problema de su vida amenazada debería ser resuelto de una manera rotunda: comprar un arma de fuego, de ser posible automática” (2006, p. 7).

Claudio compra el arma en Jesús María, célebre barrio marginal de la capital cubana. El Gordo-escritor-trafficante de armas y otros objetos, personaje-narrador de la novela, acepta el negocio. Además de dinero exige explicaciones. ¿Para qué necesita pistola un zongo como Claudio? Le intriga. El profesor cuenta la historia y sale confiado. Se siente protegido. No pasará mucho tiempo hasta cumplirse una “regla no escrita” de la literatura policial: el arma de fuego, si aparece, debe ser disparada.

A las pocas noches, Claudio vaga por las calles habaneras. Percibe que lo acechan. Un hombre persigue sus pasos y Claudio le tiende la trampa. Entra al callejón, necesariamente solitario y oscuro. Jack empuña la bayoneta y de este modo se condena: “comprende que había un silenciador en la punta de un arma, que el arma había sido accionada y que una punzada desconocida se instalaba de golpe bajo su tetilla derecha” (Menéndez, 2006, p. 25). En este instante, cambia la dinámica de la novela. La presunta víctima se convierte en victimario. Se invierte la escala de valores de los personajes. Comienza la transformación en lince (depredador) de la “babosa” Claudio Cañizares: “El profesor se siente en forma. Ha matado a un hombre y no tiene ningún problema con eso. Muy por el contrario, haber cobrado una vida le otorga una nerviosa seguridad en los puños” (2006, p. 34).

La muerte de Jack despeja parcialmente el enigma. Claudio liquida a un perseguidor, pero queda otro dispuesto a asesinarlo. Y lo más importante, aún desconoce el motivo del complot. Por eso el profesor extrema su sigilo. En vez de eliminarlo, planea secuestrar al siguiente enemigo y descifrar el misterio.

Bill, el compinche del sicario muerto, ronda el vecindario. Un rostro más entre los pardos rostros agobiados: “Está agotado de vagar por aquel barrio que parecía Beirut, en medio de calles orinadas y parques abolidos” (Menéndez, 2006, p. 43). Estudia los movimientos del profesor y le tiende una emboscada por la zona del puerto. Cuenta con el factor sorpresa, pero el filósofo lo descubre y se adelanta: “Claudio aprieta el gatillo de su arma [...]. En ese instante Bill pierde todo vínculo con el entorno, y cuando se dispone a apretar otra vez el gatillo observa que el bulto se le echa encima a menos de dos metros” (2006, p. 52). Neutralizado el atacante, el profesor interroga nuevamente: ¿por qué quieres matarme? Bill se niega a revelar el enigma. Claudio riposta: “Entonces hagamos lo siguiente. Sin dejar de apuntarle, saca de su costado [...] un par de esposas. Póntelas, y vamos a un lugar donde tengamos todo el tiempo del mundo para que me digas por qué quieres matarme” (2006, p. 44).

El rapto de Bill se convierte en el centro de la vida del profesor; en este punto, la novela comienza el tránsito hacia otra dimensión, hacia un género que subvierte los rasgos del policial. Si Hammett y Chandler expresaban la corrupción moral y social de la sociedad estadounidense de entreguerras, explica Magdalena López (2011), Menéndez recicla el género para exponer el desquiciamiento social durante el Período Especial, es decir, la dimensión que Hannah Arendt define como «acción» o condición humana de pluralidad. Pero la obra no es, en sentido estricto, una novela policial, sino una “deformación” o, si se quiere, una aberración del género. La distorsión formal se corresponde a la temática del desquiciamiento (López, 2011, p. 88).

El origen del desquiciamiento en la novela proviene de la crisis del Período Especial, de las carencias cotidianas afrontadas por el personaje protagónico y la forma como estas desestructuran su vida. Al soso profesor de humanidades, cuya naturaleza asemeja la de una babosa (Menéndez, 2006, p. 40), las circunstancias lo fuerzan a mutar, según las palabras de Bill, en un «lince humano» (p. 41). La transmutación animal no resulta fortuita; con ella, el narrador enuncia la profunda transformación en el modo-de-ser del profesor, quien experimenta el súbito impulso del instinto de salud. El

depredador, ahora encerrado con el cautivo, se rige por el instinto animal reprimido en la condición humana.

Al comienzo, el interrogatorio asume los cánones del *hard boiled*: el detective no escatima violencia. Golpes, azotes, amenazas de muerte. Tras una semana de fracaso, la situación se extrema. El profesor idea un plan retorcido, digno de la literatura de terror, para extraer la confesión al culpable. En un plan aberrante, solo verosímil en virtud del contexto diegético que representa el Período Especial cubano, Claudio utiliza al cerdo como un “arma de guerra”:

¿Sabes lo que hay allá adentro? (señalando al baño). Y sin esperar respuesta: un puerco, es decir, una máquina de devorar todo lo que no sea su propio cuerpo. Si no me dices lo que quiero saber, tendrás que convivir con él en lo adelante. [...] y lo que es aún más singular, como habrás observado, lleva tres días sin alimentarse, o sea que en cuanto te vea entrar decidirá que eres su evidente alimento. Pero no te preocupes, por el momento no voy a dejar que te coma. Escucha cómo has de vivir: diariamente pasaré a ambos solo un balde de sancocho que tendrás que compartir con el puerco, pues si se te ocurre comértelo tú solo, la máquina de devorar todo lo que no sea su propio cuerpo..., bueno, eres un chico listo y sabes cómo terminará la cosa [...]. ¿Me dices lo que quiero saber? (Menéndez, 2006, p. 47)

Claudio pretende doblegar a Bill, forzar el despojo de la condición humana del cautivo como método de extracción de la verdad. Sin límite de tiempo, la pugna se convierte en una prueba de resistencia donde prevalece el poderío animal. A los escasos días, comienzan los primeros síntomas de degradación, la paulatina igualación entre el malogrado sicario y el puerco. “Poco a poco sus brazos son patas de cebrá rojinegra” (Menéndez, 2006, p. 51), describe el profesor mientras disfruta el morbo de la escena. “Imagino que poco a poco su vista deficiente y humana se va adaptando,

aunque solo lo suficiente para ganar el boceto de ciertos contornos” (2006, p. 51), sentencia con cinismo.

El estancamiento de la situación agrava el deterioro del cautivo. El matón persiste en el silencio y Claudio, desquiciado, sostiene el pulso: “Hoy sí estoy de humor. Si alguien pudiera ver sus brazos. Son trapos negros. Son cuernos de venado. Son palitroques de sucia harina húmeda” (Menéndez, 2006, p. 52). El filósofo no esconde el firme propósito de sus actos: “Quiero que el degenerado experimente durante largas horas el horror de no ser para el otro siquiera un contrincante, sino simplemente comida” (2006, p. 51). En este momento, culmina el tránsito que comienza en el secuestro de Bill. La preeminencia del enigma, *non plus ultra* del policial, sucumbe ante el placer de la tortura.

En la dinámica del relato, el desciframiento del enigma inicial (la causa del complot), se sustituye por una pregunta más profunda, por una interrogante de corte existencial: ¿dónde radica la frontera de lo humano?, ¿hasta dónde puede degradarse la condición humana? Es decir, la involución de los personajes se convierte en un reto para la narración, la cual pretende explorar el límite de dicho proceso, las líneas que constituyen la frontera entre el reino humano y el de las bestias.

Como recurso heurístico, la novela esboza la condición humana mediante la oposición animal, en particular con el cerdo, una especie de profundas connotaciones simbólicas, tanto en la tradición occidental de origen judío como para los musulmanes): el puerco como sinónimo de lo sucio, lo abyecto y lo pecaminoso, en contraposición con el perseguido afán civilizatorio del proyecto socialista, de las sociedades modernas regidas por las normas básicas de la higiene. En el planteamiento de la obra, al situar en un espacio heterodistópico y beligerante a Claudio, Bill y “la máquina de devorar todo lo que no sea su propio cuerpo”, el territorio de la condición humana termina donde comienza el territorio del animal, esa fuerza incontenible que pugna por expandirse. Como explica Magdalena López (2011), “La moral ha desaparecido por completo y el apartamento de Claudio, convertido en una suerte de heterotopía

demencial, delata el horror de un presente reducido a la supervivencia y a los instintos” (p. 89). Entre los instintos de supervivencia mencionados por López, hallamos la alianza contra natura del cautivo y la bestia; el comienzo de un devenir que resulta inevitable:

Poco a poco, el negro va aprendiendo a leer ciertos ritmos en la mole cochina [...] Aprende incluso a sentir su respiración, disparándose como indudable red de alarma en esos momentos en que comienza a escucharse un burbujear grueso, signo que desemboca casi siempre en el despertar hambriento de la loma negra. Entonces el degenerado se para, hace chocar las palmas de sus manos, emprende una serie de maniobras que vistas desde fuera semejan alguna danza ritual africana, y el puerco no se decide nunca a hincarle el diente. (Menéndez, 2006, p. 52)

La continua referencia a Bill como “el negro” o “lo negro”, así como la alusión a “lo oscuro” como tema de la investigación doctoral, plantea una dimensión racial en la lectura de la novela. El contraste entre los afrocubanos Bill y Jack (quienes asumen el rol de gánsteres) y el blanco Claudio Cañizares (en el papel de un respetado profesor de filosofía) representa los estereotipos raciales persistentes en la sociedad cubana del siglo XX. Incluso más: en el inestable y amenazante contexto del Período Especial, una realidad marcada por la violencia y la pobreza generalizada, la reafirmación de los prejuicios sociales constituye una forma de afrontamiento y superación de la adversidad para muchas personas. En el caso de la novela *Las bestias*, como señala Vicente Bloch (2010):

El proceso de empoderamiento de Claudio Cañizares revela, desde el punto de vista novelesco, su transformación progresiva en un perverso armado y todopoderoso; sin embargo, la manera en la que neutraliza el peligro que lo amenaza constituye una metáfora del orden racial contemporáneo. En el contexto del periodo especial, un “blanco” inseguro de su permanencia en cuanto sujeto, puesto a competir con clases sociales

de las que sólo se diferencia de manera tenue y cuyos horizontes de inteligibilidad, en el seno de la sociedad revolucionaria, están limitados por la opacidad de la lucha y la circulación de rumores, se siente amenazado por un peligro al que, al no poder delimitarlo, fija con ayuda de prejuicios tradicionales en las situaciones ordinarias de la vida cotidiana. (p 75)

La degeneración de la condición humana de Bill, que comienza con la representación racial y se reafirma mediante la igualación con el cerdo, resulta irreversible a partir de la pérdida de lenguaje por parte del cautivo. En la medida que Claudio fuerza la deshumanización del gánster, el hombre se hunde en el silencio como actitud de resistencia, lo cual acelera su proceso de bestialización: “El degenerado no contesta –se queja el profesor–, cree que basta con su sola presencia de penumbroso. O con esos gritos que empieza a regar por toda la casa, como si fueran ardillas sarnosas” (Menéndez, 2006, p. 56). La involución del prisionero, su indetenible devenir animal, encuentra un hito en la atrofia de la voz, en la incapacidad permanente para hablar y hacer valer, según una extendida noción aristotélica, la condición humana. La pérdida proviene de una mutilación fisiológica ejercida mediante un soborno al veterinario (otro guiño a la animalización de Bill):

Ocurrió así: el veterinario entró de lo más sonriente, probablemente dispuesto a hacerle hasta una cirugía plástica a un cocodrilo para convertirlo en perro salchicha. Lo llevé al baño y abriendo la puerta le dije aquí tienes a mi otro puerco, no te preocupes por su aspecto en el fondo los puercos y los hombres son como dos gotas de una misma cochinado [...] Hube de advertirle que hiciera lo justo para disminuirle la capacidad de chillar, pero dejando el recurso mínimo y suficiente para que no perdiera el habla: todavía tengo con él una conversación pendiente. (Menéndez, 2006, pp. 56-57)

En este momento, la pesquisa original del relato (el móvil de Jack y Bill para asesinar a Claudio) resulta secundaria; la incógnita permanece irresuelta para brindar cohesión estructural a la novela, pero la trama transcurre ajena a la investigación. “Ya nunca me aburro” (Menéndez, 2006, p. 52), confiesa el profesor. “¿Por qué he dejado de preguntarle al degenerado el motivo por el cual quiere matarme?” (p. 52), se cuestiona. El interrogatorio como medio para descifrar la verdad, rasgo canónico del género policial, se convierte en un fin en sí mismo, en una fuente de placer para la desquiciada vida de Claudio. Dicha actividad, que consume la existencia y energías del personaje protagónico, alimenta su proceso de deshumanización y devenir animal.

Si la bestialización de Bill resulta forzada, consecuencia de su prolongado contacto con el cerdo, la involución de Claudio Cañizares posee un componente voluntario: el abandono de los valores humanos (la moral, la empatía, la racionalidad, la higiene) constituye su estrategia de afrontamiento a la crisis exterior, la respuesta a la situación de desquicio donde lo lleva el país. Como asegura en su análisis Magdalena López (2011), “El paisaje urbano de Ronaldo Menéndez anuncia no sólo el fin de la utopía, sino una suerte de regresión a un estado de naturaleza hobbesiano donde leyes morales y sociales se disuelven ante la premisa de sobrevivir” (p. 88). Sin embargo, el exceso de desinhibición instintiva, síntoma del instinto de salud del personaje, provoca el resultado opuesto al objetivo inicial.

Tal y como advierten Deleuze y Guattari (2004), «las líneas de fuga siempre corren el riesgo de abandonar sus potencialidades creadoras para transformarse en línea de muerte, ser transformadas en línea de destrucción pura y simple» (p. 516). La extrema transmutación de Claudio, que al comienzo favorece su adaptación al barrio y a la crisis sistémica del Período Especial, termina por pasarle factura. El endurecimiento del sujeto lo aboca con violencia el territorio de la bestialidad, una fuga de “destrucción y muerte” que termina con su vida.

El desenlace de la trama, la única salida posible al delirio heterodistópico del apartamento, ocurre tras un episodio violento. El enigma principal (el móvil del intento

de homicidio) se revela mediante una solución “extravagante”, síntoma del carácter paródico del texto. Bill confiesa pertenecer a una «Sociedad Secreta encargada de eliminar a individuos contagiados con el virus [del Sida]» (Menéndez, 2006, p. 65), enfermedad que poseía la Rubia del *bacarat* con la que Claudio se acuesta. “Tenemos una red de informantes en hospitales, bancos de sangre y hasta en la finca Los cocos¹. Ni siquiera estamos seguros si actuamos a espaldas del Estado o se hacen los de la vista gorda” (2006, p. 65), asegura el matón. La noticia anonada al profesor: “Lo sentí avanzando por mi sangre, como si la sola conciencia del hecho me fuera transformando: de modo que esto es la muerte”, dice (p. 65). Bill aprovecha el descuido y pretende escapar. Claudio lo descubre y lo asesina con un machete: un tajo en la mano, el otro en la cabeza. En medio de la pelea, el cerdo escapa del baño y se expande por la casa. “Cuando siento la inconfundible presencia de las pezuñas resbalando sobre la losa fría a mis espaldas, es demasiado tarde. El puerco me embiste y me tumba” (2006, p. 65), narra el profesor. Claudio se defiende con el arma y la bestia retrocede; se topa con el cuerpo de Bill y comienza a devorarlo.

Cuando volví en mí, corrí hasta la cocina. Trepé en la meseta y me puse a esperar, pero enseguida cambié de idea y decidí alcanzar la puerta de la sala. Fue en vano: el puerco me cortó el paso y entonces retorné a la cocina, y remolcando una enorme bolsa de pan viejo y otra de coles corrí hasta mi cuarto y cerré la puerta. En este punto, el devenir se ralentiza. (Menéndez, 2006, p. 65)

En los próximos días, como en una variante del célebre cuento “Casa tomada” de Julio Cortázar, el protagonista permanece recluido en una habitación; afuera, como metáfora del devenir sufrido por el personaje, el cerdo ocupa la totalidad del hogar (una metáfora de la degradación del territorio humano, es decir, del *nomos*). En este

¹ La finca de Los Cocos, situada en el municipio habanero de Boyeros, al sur de la ciudad, constituye el primer sanatorio para pacientes de sida abierto en la isla.

sentido, Chiara Bolognese (2018) apunta la relación entre el colapso del espacio físico y la decadencia política, social y moral en la narrativa de Ronaldo Menéndez. La autora sostiene que “este mismo espacio social, privado ya de cualquier belleza, calor y propiciación de intercambio personal, contribuye a hacer más grave la caída, y muestra el vacío, la violencia y la perversión de las interacciones entre seres humanos” (pp. 193-194).

En la lucha a muerte entre Claudio Cañizares y el cerdo, ambos padecen los estragos del hambre y la sed a cada lado de la puerta. “He llegado a pensar que una arbitraria fuerza nos iguala a mí y al animal» (Menéndez, 2006, p. 66), reflexiona el profesor. El epítome del conflicto de la obra, la exploración del límite de la condición humana, se explicita en unas pocas palabras definitorias: “La respiración del puerco muerto de sed se ha instalado de manera permanente contra la puerta del cuarto. En algún momento, me deslizo y me pego a la madera y juego a pensar que la masa del otro lado y mi propia carne son una sola entidad” (2006, p. 67).

El cansancio finalmente neutraliza “la máquina de devorar todo lo que no sea su propio cuerpo”. Claudio Cañizares abandona el cuarto y, machete en mano, degüella a la bestia: “Tengo tanta sed y hambre que ni siquiera puedo esperar y pruebo la sangre hirviendo del animal” (Menéndez, 2006, p. 67). La victoria del protagonista resulta pírrica; el desgaste de la pelea acelera su enfermedad y fallece al poco tiempo.

CONCLUSIONES

La novela de Menéndez se vale de la literatura policial, en particular de su variante “negra”, para abordar el problema de la condición humana en la Cuba de la década de 1990. El autor emplea los códigos del género y estructura un relato formal (la investigación de un crimen, el intento de asesinato al profesor Claudio Cañizares) para explorar la degradación humana durante el Período Especial. Aunque esgrime la parodia y la exageración, el texto aborda la evidente involución de la sociedad cubana durante los duros años de la crisis; describe el deterioro en la civilidad, el abandono de

las normas urbanísticas (el extremo de criar cerdos en los pisos de las ciudades se normalizó) y la bestialización experimentada por una parte del país.

Si bien el misterio permanece a lo largo de la trama, como dictan los cánones, la narración de *Las bestias* se centra en el proceso involutivo de los personajes, en especial del profesor y el gánster cautivo. La novela concibe el deterioro de la condición humana en un doble sentido: por un lado, como reacción inevitable al contexto adverso de la vida, como una desterritorialización forzosa ante la hostilidad del entorno (Bill, como caso extremo, encarna esta arista); por otro, la involución como estrategia consciente y voluntaria del sujeto, como alternativa para adaptarse y sobrevivir al ambiente (actitud asumida por el protagonista, derivada de una mala interpretación del instinto de salud nietzscheano, y cuyo exceso lo lleva a la muerte).

La estrategia de Claudio Cañizares, la desinhibición desregulada de los instintos, comienza con el abandono a los tradicionales valores de lo humano, el “pugilato denigrante” para obtener las sobras del comedor escolar (Menéndez, 2006, p. 23). La fisura se agranda cuando Claudio, un hombre célibe y normalmente honrado, se acuesta con una prostituta y se marcha sin pagar. Este hecho azaroso –el estado de cosas sin razón, diría Ranciére (2011)– provoca el contagio de sida, la espiral de violencia que involucra al personaje, el descubrimiento del placer sádico y la ulterior igualación entre el hombre y el cerdo, preludio del devenir-bestia y el devenir-imperceptible al que conduce la obra.

Finalmente, la novela plantea el carácter difuso de la condición humana, la dificultad insuperable para trazar una línea definitoria entre el hombre y el no-hombre: a pesar de los notables cambios físicos y conductuales de los personajes, resulta imposible definir el momento exacto de la bestialización. En conclusión, pese a la continua y acelerada deshumanización de Claudio y Bill, dicho proceso solo termina con la muerte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, Giorgio. (2006). *Lo abierto: el hombre y el animal*. Adriana Hidalgo.
- Arendt, Hannah. (2009). *La condición humana*. Paidós.
- Bloch, Vincent. (2010). "Igualación de las condiciones y formas del racismo en La Habana durante el período especial: una lectura de la novela *Las bestias* de Ronaldo Menéndez". *Revista de Historia Internacional*, vol. 10, núm. 40, pp. 55-80.
- Bolognese, Chiara. (2018). "La reescritura del espacio social en la narrativa de Ronaldo Menéndez". *Orillas: revista d'ispanística*, núm. 7, pp. 187-194.
- Buckwalter-Arias, James. (2003). "Sobrevivir el "período especial". La suerte de "hombre nuevo" y un cuento de Senel Paz". *Revista Iberoamericana*, vol. 69, núm. 204, pp. 701-714.
- Deleuze, Giles y Félix Guattari. (2004). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- López, Magdalena. (2011). "Tras el legado de Marlow: novelas cubanas de hoy". *América Latina Hoy*, vol. 58, pp. 81-99.
- Menéndez, Ronaldo. (2006). *Las bestias*. Lengua de Trapo Ediciones.
- Nietzsche, Friedrich. (2005). *Ecce Homo*. Alianza.
- Portela, Ena Lucía. (2017). *Con hambre y sin dinero*. Ediciones Unión.
- Radhakrishnan, Sarvepalli & Poola Tirupati Raju. (1977). *El concepto del hombre. Estudio de filosofía comparada*. Fondo de Cultura Económica.
- Rancière, Jacques. (2011). *Política de la literatura*. Libros del Zorzal.
- Sánchez Aramburu, Patricia. (2019). *Borges en La Habana del Período Especial: revisión intertextual de "Las bestias" de Ronaldo Menéndez*. UNAM.
- Sánchez Becerril, Ivonne. (2012). "Consideraciones teórico-críticas para el estudio de la narrativa cubana del periodo especial". *Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 14, núm. 2, pp. 83-112.
- Uxó, Carlos. (2010). "Los Novísimos cubanos: primera generación de escritores nacidos en la Revolución". *Letras hispanas: Revista de literatura y cultura*, núm. 7, pp. 186-198.